

XI.

Al verificar sus rondas las patrullas del tío Pedro por delante de la casa del valido, vieron salir de ella un coche con una dama tapada que se dijo ser doña Josefa Tudó, amiga del favorito.

Habiendo querido descubrir el rostro de la dama una partida de sublevados, se disparó un tiro al aire, que fué la señal de alarma.

Corrían las turbas á los puntos por donde se creía se hiciese el viaje con intento de impedirlo, y no faltó quien dijera que al sentirse el tiro puso el heredero del trono una luz en una de las ventanas de su cuarto.

El tumulto como era natural, que se formaba de la plebe se lanzó á casa de Godoy no habiéndolo encontrado; mas quemaron cuanto hallaron, escepto las veneras que fueron á palacio y se las entregaron al Rey.

Es muy de notar por la buena idea que dá de nuestro pueblo, que ni un solo objeto se guardaron para sí aquellas gentes.

Hay además otro hecho raro en esta clase de acontecimientos, y fué que en medio del furor con que buscaban á Godoy, trataron con la mayor deferencia á su esposa é hija, á quienes llevaron en triunfo á palacio.

Las crueles angustias que oprimieron los corazones de los monarcas por el peligro en que suponian á su Manuelito... no hay pluma que los exprese.

Llegado el día, se les calmó la ansiedad cuando supieron que nada le habia sucedido, y sí que se habia salvado.

La fuerza de las circunstancias y de ningun modo por voluntad del monarca, expidió éste el decreto de deshonoracion de empleos del Principe de la Paz, cuya medida fué aplaudida por el pueblo.

XII.

Al día siguiente, es decir el día 18, no pudo resistir Carlos IV á la imperiosa necesidad de poner al corriente á Napoleón del decreto contra Godoy, y sus motivos, pero disfrazados, y lo hizo en la carta que literal transmitimos á nuestros lectores.

«Señor, mi hermano: hacia bastante tiempo que el Príncipe de la Paz me habia hecho reiteradas instancias para que le admitiese la dimision de los encargos de Generalísimo y Almirante, y he accedido á sus ruegos; pero como no debo poner en olvido los servicios que me ha hecho, y particularmente los de haber cooperado á mis deseos constantes é invariables de mantener la alianza y la amistad íntima que me une á V. M. I. y R., yo le conservaré mi gracia.»

«Persuadido yo de que será muy agradable á mis vasallos y muy conveniente para realizar los importantes designios de nuestra alianza, encargarme yo mismo del mando de mis ejércitos de tierra y mar, he resuelto hacerlo así, y me apresuro á comunicarlo á V. M. I. y R.; queriendo dar en esto nuevas pruebas de afecto á la persona de V. M., de mis deseos de conservar las íntimas relaciones que nos unen, y de la fidelidad que forma mi carácter, del que V. M. I. y R. tiene repetidos y grandes testimonios.»

«La continuacion de los dolores reumáticos que de un tiempo á esta parte me impiden usar de la mano derecha, me privan del placer de escribir por mi mano á V. M. I. y R.»

«Soy con los sentimientos de la mayor estimacion y del más sincero afecto de V. M. I. y R. su buen hermano.—»

«Carlos.»

Avisado el Rey por su secretario señor Caballero, de que se preparaba otro tumulto más sério que el anterior, trató de informarse de los gefes de si se contaría con la tropa, y estos

le contestaron *que solo el Príncipe de Asturias podría arreglarlo todo.*

Mandado comparecer Fernando VII á la presencia paterna, ofreció tranquilizarlo todo.

Claro es que desde luego se confirmaron las sospechas de que obraba en connivencia con los alborotadores, y que estos estaban sujetos á sus órdenes.

El Príncipe de la Paz á quien todo el mundo, hasta nuestros lectores, creerán en salvo, fué descubierto al otro dia en su propia casa, en donde un ayuda de cámara le habia encerrado en una bohardilla.

El desgraciado Godoy iba á ser asesinado, cuando un piquete de guardias que á toda rienda llegaba de palacio, pudo salvarlo, conduciéndolo agarrado á los arzones de las sillas, pero sin poderle evitar algunos golpes y pedradas.

Conducido al cuartel de guardias, llegó el príncipe de Asturias, y le dijo: *que le perdonaba la vida*, á cuya frase, asombrado el de la Paz, le preguntó si *era ya rey.*

Fernando VII le dijo: *No*, pero pronto lo *seré*; y sin volverle á dirigir la palabra, le dejó preso, y prometió al pueblo que sería juzgado con arreglo á las leyes.

Instigado Carlos IV por los consejos de algunos, de que interim el príncipe de Asturias calmaba el alboroto que el encuentro de Godoy habia producido, debía abdicar su corona en su hijo, le resolvieron á verificarlo para no dejar ningun recuerdo de entereza este monarca.

Efectivamente el rey estendió el acta de abdicacion que integra insertamos, para que nuestros lectores con su buen criterio la aprecien en lo que vale.

»Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud en un clima más templado, de la tranquilidad de la vida privada, he determinado despues de la más seria deliberacion abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto, es mi real voluntad que sea reconocido

»y obedecido como rey y señor de todos mis reinos y domi-
 »nios; y para que este mi real decreto de libre y espontánea
 »abdication, tenga su éxito y debido cumplimiento, lo comu-
 »nicareis al Consejo y demás á quien corresponda.—Dado en
 »Aranjuez á 19 de Marzo de 1808.—Yo el rey.—A Don Pe-
 »dro Ceballos.

XIII.

Sabida la noticia por el pueblo, éste la recibió con júbilo y alegría, prometiéndose inmensas dichas del nuevo rey:

El acta de abdicacion fué hecha de una manera informal, y sin las fórmulas establecidas por el derecho; y aun cuando Cárlos IV aseguraba que en su vida habia hecho una cosa más de su agrado, se conocia que solo hablaba la boca, pero no el corazon.

La falta de conformidad con su posicion, el esplendor de que siempre habian estado rodeados, y por último, el estado en que estaba el príncipe de la Paz, hicieron á Cárlos IV cometer el mayor de los yerros que habia cometido en su vida, y fué la carta que escribió al emperador demandando su auxilio contra su hijo Fernando y que literal copiamos.

»Señor, mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas, y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona, acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado *suyo*, *subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos*. Yo no he renunciado en favor de mi hijo, sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada, me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la reina. Yo fuí forzado á renunciar; PERO ASEGURADO AHORA CON PLENA CONFIANZA EN

»LA MAGNANIMIDAD Y EL GENIO DEL GRANDE HOMBRE, QUE SIEMPRE
 »HA MOSTRADO SER AMIGO MIO; *he tomado la resolucion de con-*
 »*formarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera*
 »*disponer de nosotros, y mi suerte, la de la reina y la del prin-*
 »*cipe de la Paz. Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra*
 »los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego
 »y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M. con
 »lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna
 »guarda. De V. M. I. y R. su más afecto hermano y amigo—
 »Cárlos.—Aranjuez 27 de marzo de 1808.»

Con fecha anterior, se encuentra la protesta al acta de abdicacion que hizo el indicado monarca, y dice:

»Protesto y declaro que mi decreto de 19 de marzo, en el
 »que he abdicado la corona en favor de mi hijo, es un acto á que
 »me he visto obligado para evitar mayores infortunios y la
 »efusion de sangre de mis amados vasallos; y por consiguiente
 »debe ser considerado nulo.—Cárlos.—Aranjuez 24 de marzo
 »de 1808.»

Tan dilatada série de errores y humillaciones fué la que dió lugar á la sangrienta lucha del 2 de Mayo del mismo año, página sangrienta de nuestra historia, pero llena de gloria para los españoles que por recobrar su perdida independencia supieron avasallar las águilas del coloso del siglo.

CAPITULO VI.

Angel y Blanca se pierden por algun tiempo.—Reunion en casa de Manuela.—Finaliza el prólogo.



A hemos visto el resultado del famoso motin de Aranjuez.

La abdicacion de Cárlos IV fué recibida con extraordinaria alegría por parte del pueblo español.

Todo el mundo veia en ella la conclusion del poder omnímodo del Príncipe de la Paz, y esto era muy suficiente para alegrar á todas las clases de la sociedad.

El pueblo de Madrid no fué el que menos goce tuvo con la caída del favorito.

El motin empezado en Aranjuez prosiguió en la córte con mayor intensidad si cabe, que en el real sitio.

Desde 1776, cuando el famoso motin de Esquilache, no habia habido otro de tan grandes proporciones.

Y gracias que no hubo muchas desgracias que lamentar por las acertadas medidas de las autoridades, que impidieron que las tropas de la guarnicion se mezclasen ó tratasen de oponerse á las demostraciones del pueblo.

La casas del Príncipe de la Paz, las de sus parientes y las de todos sus adictos, fueron allanadas por los amotinados, é incendiados todos los efectos que encontraron en ellas.

Pero lo que sucede cuando el pueblo no encuentra una valla que contrarreste sus deseos, sucedió en la presente ocasion.

Se cansaron de cometer tropelias, y fuéronse retirando á sus hogares, quedando otra vez las cosas en su antiguo estado.

Al dia inmediato se supo la noticia de la ascension al trono de Fernando VII, y conforme ántes fueron demostraciones de resentimiento y de venganza, entonces lo fueron de alegría y de placer.

Algunos dias despues hizo el nuevo rey la entrada en la capital, y no transcurrieron muchos más, sin que el gran duque de Berg, D. Joaquin Murat, penetró en la capital de España, al frente de un escogido cuerpo de tropas francesas, cuyo aire marcial, y cuya disciplina agradó extraordinariamente á los sencillos habitantes de Madrid.

¡Quién hubiera de decir que esta complacencia se trocase algun tiempo despues en un odio que tan enérgicamente se habia de expresar!

II.

Nuestros lectores estarán con suma impaciencia por saber de Blanca y de Angel, y creemos muy natural darles algunas explicaciones sobre ellos.

También recordarán lo que Alejandro encargó á Isolina, respecto á la duquesa del Bosque, para que fuera á la casa de Manuela.

Respecto á este último asunto, poco podemos decirles, pues envuelto por completo en el velo del misterio, nada hemos podido averiguar, teniendo que esperar á que los acontecimientos sucesivos nos den algunas luces sobre este asunto.

Como hemos dicho más arriba, el motin de Aranjuez habia dado por resultado la subida al trono de Fernando VII.

El nuevo monarca hizo su entrada en Madrid en medio de las más furiosas aclamaciones, y el pueblo se entregó á un verdadero delirio.

Alejandro y nuestros demás amigos habian vuelto también á la corte, con el nuevo rey, y su primera diligencia fué marchar á la casa donde se habia quedado Angel para curarse su herida.

Ya saben nuestros lectores que aquella era una botica, y el dueño de ella un afiliado en la Sociedad de los amigos del pueblo.

Evocados ya estos recuerdos, vamos á continuar nuestra narracion.

Como ya hemos dicho antes, Alejandro necesitaba saber noticias de Angel.

Los acontecimientos políticos que habian ocurrido dias antes le habian impedido ocuparse de sus negocios particulares; y de vuelta ya en Madrid, su primera diligencia, acompañado de sus amigos, fué dirigirse á la casa del herido.

El mozo de la posada iba preocupado igualmente que los dos artistas.

Hemos dicho mal: el pesar que se daguerreotipaba en el semblante de Diego, no tenia semejanza con el que en los demás se adivinaba.

Nuestros lectores ya conocen á Diego.

Ya saben que sobre aquella frente tersa y tranquila no habia nunca el dolor estampado su salvaje pisada.

Pues bien, esta frente serena y despejada estaba en los mo-

mentos en que vamos hablando, surcada de profundas arrugas.

Aquellos labios sonrientes y frescos ahora estaban contraidos, pálidos, y un temblor convulsivo los agitaba casi continuamente.

Sus ojos despedían un resplandor siniestro.

Y finalmente aquella fisonomía franca, inteligente y hasta entonces sin nubes, había envejecido en días, y el dolor la había ajado al mismo tiempo que había oprimido dolorosamente su corazón. Pobre Diego! cuánto había sufrido y cuánto le quedaba que sufrir aun!

También Carlos se había transformado algo.

Parecía que los pesares del pintor se reflejaban sobre los rostros de sus dos compañeros.

Y los tres, graves, silenciosos y preocupados, atravesaban la Puerta de Moros, dirigiéndose hacia la calle de la Paloma.

II.

—Vamos, Diego, no hubiera tocado nunca esta cuestión, si no os viera más incorregible cada vez, dijo Alejandro dirigiéndose al artista.

—Y si no lo puedo remediar, qué le voy á hacer?

—Parece imposible que sea un hombre el que diga que no puede dominar el dolor. En dónde está la fuerza de voluntad?

—Cuando las penas tocan al alma, contestó Diego, la voluntad no sirve de nada; la herida que yo he recibido, es mortal; y no os creais que digo esto en un momento de locura extraviado por el dolor; es una idea arraigada que tengo de que la pérdida de esa vida de mi alma, sería también la pérdida de la vida de mi cuerpo.

—Pero no hay un motivo para que pierdas la esperanza de esa manera, dijo Carlos.

—Oh! sí, repuso Diego con una sonrisa inmensamente triste;

hay razones especiales que vosotros las conoceis tanto como yo, y que han hecho de esa muger un imposible para mí.

—Demasiado comprendemos que para vuestra felicidad no hay más que un medio posible: he dicho mal; Manuela está ligada con el marqués de Mont Perdú, con unos vínculos que la muerte solo puede romper; vos mismo habeis apreciado en lo que vale la situacion en que se encontraba la pobre mujer; los misterios de su familia no lo han sido para vos, y vos mismo, con esa delicadeza que os enaltece doblemente, habeis sacrificado vuestro corazon.

—Y acaso este sacrificio que yo he hecho, esta satisfaccion dolorosa que tengo, por decirlo así, de mi proceder, quita el que yo aborrezca de muerte á ese coronel francés que me ha arrebatado mi felicidad?

—Yo os suplicaría, Diego, que no pronunciárais en estos momentos semejantes palabras; que no dejáseis cruzar siquiera por vuestro pensamiento esas ideas de muerte respecto á un hombre que debe ser sagrado para vos, por lo mismo que está unido á la muger á quien adorais.

—Teneis razon, Alejandro, dijo Diego, soy un niño y justo es que el niño que sufre tenga algun desahogo. ¿Si comprendiérais cuánto padezco!

—Lo comprendemos, y sufrimos contigo: yo desde luego te aseguro, prosiguió Cárlos, que daria cualquier cosa por poder mitigar tus padecimientos; pero la amistad en estas ocasiones, si bien es rica de palabras para consolar, es escasa de medios para cambiar el dolor en felicidad.

—Gracias, amigos míos, gracias; comprendo todo lo que vale vuestra amistad, y desde lo íntimo de mi alma os agradezco cuanto haceis por mí.

III.

Y tras estas palabras se siguieron algunos momentos de silencio.

Silencio que se fué prolongando hasta que llegaron á la casa del boticario.

Penetraron en la tienda, y al verlos el amo de ella, no fué dueño de ocultar un movimiento de asombro con el cual se hubiese dicho que iba mezclado algun miedo.

—Hola! maese, Dios le guarde, dijo Alejandro, á quien no se habia escapado el movimiento del farmacéutico. Qué tal vá por aquí?

El boticario no contestó una palabra, pero en cambio su agitacion se hizo más violenta y sus miembros se estremecian con un temblor que pudiera tambien traducirse por un miedo de grueso calibre.

—Qué diablo! No hablais, maese? qué os sucede? cómo está mi enfermo?

—Para servir á... yo supongo....

—Qué es lo que suponeis? Vaya! Vaya! Dejados subir, que se conoce que no estais en muy buena disposicion hoy por la mañana.

Y Alejandro, uniendo la accion á las palabras, hizo un ademan para atravesar la puertecilla que comunicaba con las habitaciones interiores.

Entonces el boticario salió de su aletargamiento, por decirlo así, é interponiéndose entre la puerta y los tres amigos, dijo:

—Yo os suplico, señores, que no paseis adelante; perdonadme; pero no me ha sido posible resistir....

—A quién? preguntó Alejandro con severidad.

—Rabo de Lucifer! tripas de Satanás! rayos y centellas! gracias á todas las brujas del infierno que os puedo ver.

Semejantes votos y juramentos vinieron á herir los oídos de nuestros amigos, al mismo tiempo que unas descomunales pisadas retumbaban en la frájlil escalerilla que subia desde la tienda al piso principal.

Estas pisadas las producía un cuerpo que nuestros lectores habrán reconocido ya al oírlo expresarse tan enérgicamente.

Este cuerpo era el del señor Márcos Boca Negra, sargento de guardias españolas y criado ó tutor del amante de Blanca.

—Qué sucede, Márcos? preguntó Alejandro dirigiéndose al sargento.

—Y lo sé yo por ventura! mil bombas que me aplasten! yo nunca he sido muy fuerte en esto de pensar, pero voto á mi nombre, que lo que es ahora, maldito si sé lo que me pasa, así Dios me confunda!

—Pero acabareis de esplicarnos qué quiere decir esto? cómo está Angel?

—En el infierno sin duda! donde debía estar yo también.

—Qué quereis decir con eso?

—Que Angel se ha desvanecido como una nube de humo, y que yo fui un bárbaro en no dejarme matar antes que le hubieran tocado á un solo cabello.

—Es que no era posible haber hecho más de lo que se hizo, señor sargento, añadió tímidamente el boticario.

—Si vos y vuestros mancebos no hubiérais sido tan gallinas, ¡voto á cien truenos! yo os juro por la empuñadura de mi sable, que buena cuenta hubiéramos dado de aquellos bergantes.

—Vamos, hablad uno ú otro, dijo Alejandro que adivinaba que algo terrible habia pasado en aquella casa, y que iba ya perdiendo la paciencia.

—Yo os lo contaré, señor Alejandro, dijo el farmacéutico.

—Eh! quitaos de ahí, señor autor de drogas y unguentos: ¡cien tempestades! yo os lo contaré y voto á brios, que habeis de sulfuraros como yo.

—Vamos, despachad, dijo Cárlos, que también participaba de la impaciencia del mozo de la posada.



IV.

—Hace ocho días, ¡cuernos de Satanás! si cada vez que lo pienso me desespero doblemente; figuraos que eran las doce de la noche y estaba yo como siempre á la cabecera de mi Angel, que por cierto estaba hablándome de su Blanca; ¡malditas mugeres! ¡si siempre han de ser ellas la causa de todos los males de los hombres! ¡fuego de Dios en todas! cuando de pronto, ¡cielo y tierra! llaman á la puerta. El Maese que estaba ya acostado, bajó acompañado de uno de sus muñecos de aprendices; se pasaron algunos instantes; mi Angel se habia dormido y yo, ¡mal rayo me abra en canal! tambien estaba dando cabezadas; yo no sé lo que sucedió; cuando desperté, me sentí cogido por dos sayones, y á tres pasos de mí el boticario y los criados estaban de la misma manera; ¡cien pares de cartucheras! y cuando yo estaba mirando todo aquello sin comprender lo que significaba, veo á mi Angel que lo sacaban de la cama, y que lo llevaban en brazos tres de aquellos bandidos. ¡Ira de Dios! Vientre de Satanás! yo bramaba de cólera; yo hacia esfuerzos supremos para desasirme de aquellos hombres, hasta el punto de que tuvieran que acudir dos más á sugetarme; mi Angel incapaz de resistirse se dejaba conducir y se lo llevaban, ¡voto á mil morteros! sin que mi corage fuese capaz de confundir á aquellos infames.

—Y qué habeis hecho desde entonces? preguntó Alejandro con una calma glacial así que concluyo de hablar el sargento.

—Yo he corrido á todas partes, he buscado en todas las mancebías, en todas las casas; he preguntado á todo el mundo y nada he podido averiguar; ¡voto á mil rayos!

—Y cuando aquella gente se marchó, no se os ocurrió seguirlos?

—Creeis que yo soy tan niño que no lo hiciera? pero ¡voto

á mil lanzas! que cuando yo puse el pié en la calle no parecia sino que se los habia tragado la tierra.

Quedóse Alejandro pensativo algunos momentos.

La narracion del soldado le habia afectado profundamente lo mismo que á Cárlos y á Diego.

Pero al revés que á ellos, su rostro no reveló en lo más mínimo la agonía que destrozaba su pecho.

V.

Ya hemos dicho que habia quedado pensativo.

En aquellos breves instantes recapacité tal vez lo que nadie habia pensado y alzó la cabeza preguntando al sargento.

—Decís que cuando salisteis á la calle ya no vísteis á nadie en ella?

—Sí señor.

—Decid, maese, prosiguió Alejandro dirijiéndose al farmacéutico, quién vive en estas casas de aquí al rededor?

—Todos los conozco: son el cortante que ya sabeis, el médico de la asociacion y.....

—Y decidme, no habia ninguna habitacion vacía en estas inmediaciones?

—Cabalmente hace tres dias que me dieron las llaves de una de las que yo administro, y por cierto que bien poco han calentado el cuarto los inquilinos.

—Pues cómo? preguntó con interés Alejandro.

—Cuerno y trueno! interrumpió el sargento, ¡voto á cien lejiones de demonios! que no sé qué nos importa á nosotros que se alquilen ó se desalquilen las habitaciones de este fabricante de cerato simple; ¡cien tempestades! lo que yo quiero es saber donde está mi Angel, ¡mal rebentondiera Satanás y su córte!

—Callad vos, seor sargento, que cuando yo pregunto es por

que interesará. Y á quién alquilásteis el cuarto? prosiguió Alejandro dirigiéndose al farmacéutico.

—A una damita muy repulida que me dijo que tenia el esposo fuera y despues me ha dicho que se marchaba á buscarlo.

—Pche! volvió á interrumpir el sargento tirándose los bigotes; alguna dama de tapadillo: si cuando yo digo que las mugeres... ¡mala bomba las aplaue! Dígalo sino mi Angel, que á no ser por esa doña Blanca ó doña Negra, no se viera así como se ve.

—Y decís que teneis las llaves de esa habitacion? preguntó Alejandro dirigiéndose al boticario.

—Sí señor.

—Pues dádmelas en seguida.

—Pero....

—Os he dicho que las necesito y ya sabeis que no me gusta pedir las cosas dos veces.

—Está bien, señor Alejandro; no os incomodeis, tomadlas.

Y el buen maese sacó las llaves de una alacena donde guardaba una porcion de botes de drogas, y las dió al mezo de la posada, que volviéndose al sargento y á los artistas, les dijo:

—Vamos, señores, que creo que estamos sobre la pista de los raptos de Angel.

Marcos Boca Negra dió un respingo y lanzó un tremendo voto diciendo:

—Voto á cien obuses! Uñas de Lucifer! si me dais palabra, señor Alejandro, de encontrar á esos vergantes, os prometo abrirlos á todos en canal; ¡así Dios me confunda! Vamos allá.

Y el sargento se estiró por un momento los bigotes, se acomodó bien el sable, se arregló el sombrero y se dirigió hácia la puerta.

Alejandro y los dos amigos le siguieron.